

# VIDA ACADÉMICA

## Patología y diversidad

25 Años del Instituto de Genética Humana  
Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana

Alberto Gómez Gutiérrez, PhD\*

La tarea clínica, científica y social del Instituto de Genética Humana de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana, ha girado, desde sus inicios en 1980, en torno al concepto de la *diversidad* en Colombia. Jaime Bernal fue el motor en las postrimerías del siglo XX, como lo fueron sus antecesores José Celestino Mutis en el siglo XVIII y Agustín Codazzi en el siglo XIX, de un programa multidisciplinario de investigación de las realidades de nuestro país: esta vez con énfasis ya no en la botánica o en la geografía, sino en el ser humano.

No es, entonces, una casualidad que esta celebración tenga lugar en la Pontificia Universidad Javeriana, una comunidad en donde, desde los tiempos de la Colonia bajo el concepto de las Misiones, se promovía el acercamiento y la exaltación de las culturas aisladas de nuestro territorio. Lo que sí resulta curioso es que el promotor de un programa de investigación tan amplio, a la manera humanista de los siglos anteriores, sea un médico especialista en genética molecular, ciencia que aparentemente representa el último paso del reduccionismo en la cultura occidental.

Mientras otros genetistas buscan aislar genes responsables para cada enfermedad, el Instituto de Genética Humana y la Expedición Humana buscaron definir las verdaderas condiciones de salubridad a través de un amplio espectro de intereses académicos, desde el estudio de las aguas en cada comunidad hasta la descripción de las más sofisticadas manifestaciones del espíritu como son la música, la danza, los juegos infantiles y los mitos que caracterizan la enorme diversidad de los habitantes de nuestro territorio.

Nuestro propósito ha sido, tal como lo describió el doctor Bernal en la introducción de uno de sus reportes de investigación, el de: “*Estudiar la diversidad humana y hacerla propia como respuesta de una comunidad universitaria que está segura de tener que asumir retos más grandes en el presente, si quiere ayudar a construir un futuro en el cual podamos convivir todos con razonable armonía*”.

En estos términos, el trabajo de los miembros del instituto y de los expedicionarios se convirtió en un acertado modelo para la investigación científica contemporánea, abriéndole camino al concepto de *interdisciplinariedad*, en el cual debe remplazar hoy en día a la enorme capacidad de síntesis de los sabios del pasado. Frente a una acumulación desmesurada de conocimiento, la época de los pensadores universales va cediendo el paso al trabajo en grupo y la universidad será el escenario más apropiado para favorecerlo. En un mundo en que la mayoría de sus protagonistas será de expertos en algún tema, que sabrán cada vez más sobre cada vez menos —y que llegarán un día a saber absolutamente todo sobre absolutamente nada—, queda como refugio para el humanista la reflexión individual que no debe someterse a los procedimientos puramente técnicos de la cultura, sino que debe ser, como en el caso que se comenta hoy, germen de nuevos paradigmas sociales. Este es el tipo de propuestas que inciden directamente sobre la historia de una nación, actuando como factor catalítico de procesos que están destinados a suceder por la fuerza de los acontecimientos, como será, por ejemplo, el

---

\* Profesor Asociado, Instituto de Genética Humana.

necesario acercamiento de las múltiples culturas que cohabitaban en Colombia.

Al dar por terminados los trabajos de campo de la Expedición Humana en un sencillo acto de clausura hace ya más de 10 años, el doctor Bernal anotaba por su parte uno de los principales efectos de la interdisciplinariedad en el grupo de profesores y expedicionarios: “...los óptómetras pudieron tomar interés en el trabajo de los diseñadores, los nutricionistas compartieron datos con los psicólogos, los arquitectos recogieron información para los alergólogos y, en el caso de los médicos, incluido yo mismo, entendimos a través de esta experiencia lo que hacen los demás mortales en el tiempo en que no son pacientes nuestros...”.

Un rasgo esencial de este núcleo de académicos, que quisiera resaltar en esta celebración, es la generosidad y condescendencia que han demostrado en su trajinar en el seno del instituto.

Una sola anécdota ejemplarizada por nuestro director, ilustra bien esta característica en los científicos-viajeros de la Javeriana, y ésta tuvo lugar en las selvas del Pacífico colombiano: “*Allí habíamos llegado después de sobrevivir milagrosamente a una tormenta nocturna probablemente idéntica a la que acabaría hundiendo dos meses después la misma embarcación que nos llevó de Buenaventura a Timbiquí. Desde este pequeño poblado ribereño avanzamos hasta el río Micay y por éste, poco a poco, nos internamos en la selva caucana hasta encontrar los cursos secundarios que tuvimos que recorrer a pie, a causa de su escasa profundidad, empujando las canoas que llevaban nuestro equipo de trabajo. El indígena que nos conducía —Polo Valencia— trataba de consolar a los más fatigados con su estribillo: “Ya casi, estamos cerquita...”.* Una vez llegamos al asentamiento de los indígenas embera, reconocimos las escenas prehistóricas que habíamos visto por primera vez en los libros del colegio. Seres primitivos en torno al fuego, escasos animales domésticos en absoluta libertad, pero también, rondando el escenario, el sonido esporádico de aves y de niños. Y la brisa fresca de la selva tropical. Todo esto orquestado por la medida del tiempo que nos ofrecía el correr de un pequeño y clarísimo riachuelo.

*En ese ámbito, y con el mayor sigilo, instalamos nuestro campamento para iniciar al día siguiente nuestro trabajo, que en ese año de 1991 todavía estaba centrado exclusivamente en la genética y la medicina general. No podría decir hoy quién causaba la mayor curiosidad, si nosotros con los elementos sofisticados de nuestra cultura científica —microscopios y centrífugas en medio de la naturaleza—, o ellos con su dulce expectativa en atuendo natural.*

*En la noche iniciamos, como fue costumbre en cada viaje, la conversación con la comunidad. Y fue en ese momento*

*que se manifestó la profunda calidad de nuestro director como líder de la comisión de visitantes, las autoridades locales le mandaron instalar tal vez el único asiento que tuvieron en todo el caserío. En torno a éste nos sentamos todos en el piso, y con el respeto que les inspiraba el doctor Bernal, le invitaron a ocupar este improvisado trono. Pero él, en un gesto característico, declinó amablemente e invitó a los asistentes a iniciar la reunión”.*

Así, con la misma condescendencia del episodio que vivimos esa vez, sin la arrogancia de los conquistadores del siglo XVI, ni la de los políticos del siglo XX, Jaime Bernal Villegas ha logrado entusiasmar a un grupo cada vez mayor de estudiantes, profesores y científicos que han sentido la atracción de su quehacer.

Un quehacer, como queda dicho, cada vez menos científico y cada vez más humanista, conectado con la genética por el cordón umbilical de la consulta clínica y por la formación de nuestros residentes en el instituto que en este año de 2005 cumple 25 años de actividad interrumpida con el apoyo permanente de la universidad, de Colciencias y de múltiples entidades financiadoras nacionales e internacionales. Este apoyo a revertido en más de un centenar de publicaciones en revistas indexadas y en el desarrollo de líneas de investigación que van desde el estudio de los componentes genéticos de diferentes enfermedades hasta la reflexión literaria de varios de los miembros del instituto, pasando por la línea de la inmunogenética que ha estado presente desde los primeros días de la que se llamó *Unidad de Genética Clínica*, pero que se originó también sobre la base del estudio del polimorfismo de los marcadores de la respuesta inmune. Así, aquella unidad se hubiera podido llamar *Unidad de Inmunogenética Clínica*. El problema con estos nombres es que, con el avance de las ciencias, van tornándose en nombres obsoletos. Tal vez por esta razón Jaime ya está empezando a hablar de la *Iniciativa Genómica Javeriana*, dejando atrás el eje de la simple “Genética”, cuando se cumplen para este término, precisamente, 100 años de haber sido propuesto por William Bateson en Cambridge, el 18 de abril de 1905 en los siguientes términos:

*“Querido Sedgewick, Si el fondo Quick fuera utilizado para una cátedra relacionada con la herencia y la variación, el mejor título para ésta podría ser: “Cátedra Quick para el estudio de la herencia”. No hay palabra de uso común que ofrezca este mismo significado. Una palabra de este tipo es ya urgente y, si fuera necesario acuñar una, “genética” podría servir”.*

De la misma manera, creo que podríamos asumir hoy la responsabilidad de proponer un nuevo término para los estudios que se harán en los próximos 25 ó 50 años del Instituto y éste podría ser, más allá de la genómica o de la proteómica, el de la

“*humanética*”, para dar cuenta de todas las áreas de trabajo que buscó abarcar el Instituto a través de la Expedición Humana en su momento. Estas áreas se seguirán desarrollando en torno al ser humano, más allá de los genes y otras moléculas que nos han interesado en el curso del siglo XX y en los comienzos del siglo XXI. En este orden de ideas, la *humanética* consistirá, más que en un nuevo y curioso sustantivo, en el punto de encuentro de pensadores científicos y humanistas que buscarán resolver el paradigma planteado por el Instituto desde su concepción: ¿cómo comprender al hombre como ser biológico en medio de su entorno particular y cómo comprenderlo en su entorno universal? La *humanética* será así, si queremos acuñarle una definición operativa –identificando sus componentes y sus relaciones–, una dimensión específica de la cibernética, en el sistema complejo que es la humanidad.

Termino, para cumplir con mi compromiso, recordando una anécdota de mi llegada al IGH, precisamente en un mes de abril hace ya 18 años. Una de las personas responsables de mi vinculación está en la sala y otra ausente. Recién llegabamos de París y nuestro hijo Daniel, de un año, había sido recibido por el trópico con alguna virosis que nos hizo asistir al pediatra. Por recomendación de una pariente, fue el Dr. Núñez aquí presente, quien nos atendió. Una vez terminada la consulta, Pacho nos preguntó que habíamos estudiado en Francia y qué íbamos a hacer en Colombia. Como nos vó un poco despistados –*con respecto a lo segundo*–,

llamó desde su escritorio a Jaime Bernal y él, en otro gesto de generosidad característico, me citó al día siguiente. Desde el momento en que entré a su estrecha oficinita, pude percibir el amplio ambiente académico al que me había acostumbrado en el curso del doctorado.

Durante un año asistí en su asiento improvisado y compartido, sin otra remuneración que el interés que mostraba Jaime a cuanta tontería se nos ocurría. Así, a través de ese filtro amable, nuestras tonterías se fueron depurando y transformando en proyectos y en líneas de investigación, aprovechando la Biblioteca General que no ha dejado de sorprendernos desde aquel entonces. Día a día, todo este trabajo, agradabilísimo como se ve, se convirtió en un *modus vivendi* y en refugio y punto de partida para otras iniciativas gracias a la complicidad de mis compañeros en el Instituto y, en particular, a mi compañera de asiento en todos estos años, hasta que le ofrecieron, como corresponde a su calidad humana y pertinencia, asientos que exigen un cierto distanciamiento en la Decanatura de la Facultad de Ciencias y en el Consejo Directivo de la Universidad. En nombre de Ángela Umaña, ausente hoy por encontrarse asistiendo como ponente al *Foro Mundial de las Ciencias de la Vida* en la ciudad Lyon en Francia, y en el mío propio, doy mil gracias a la Universidad Javeriana que ha hecho posible estas trayectorias.